

UN RESTO QUE NO SOBRA

**P. Gregory
Kennedy, SJ***

Resumen:

Los pueblos amazónicos hoy son un resto del cual puede brotar una conversión ecológica. Su estilo de vida, que suele evitar la acumulación de cosas, obedece a un mandamiento frecuente de la Biblia: no atesorar. Opuesta al modo imperante de amontonar bienes para mantener la ilusión de control, la fe indígena contiene las semillas de una relación renovada con Dios.

En círculos agro-ecológicos se suele decir que el suelo es vida. Sin un fundamento sano, diverso y robusto, nada se eleva de la tierra. Minerales, materiales orgánicos, insectos y un sinnúmero de microorganismos colaboran íntimamente para edificar el palacio pasmoso que es la biodiversidad terrestre. Algunos granjeros naturales hasta declaran con orgullo que su producto principal es el humus. Los vegetales que venden son considerados como consecuencias bien recibidas pero siempre secundarias.

Al parecer, el libro de Génesis corrobora este aprecio fundamental. Narra que Dios formó al hombre del suelo. Su nombre refleja para siempre su origen. *Adam* en

*Durante el aislamiento causado por Covid-19, el P. Gregory Kennedy, SJ, está labrando la tierra en la finca del Ignatius Jesuit Centre, en Guelph, Canadá. Su primer libro de poesía, *Reupholstered Psalms*, se publicó en marzo de 2020.

hebreo deriva de la palabra *adama*, que significa tierra. Nosotras/os somos todavía herederos de esta conexión lingüística. Somos humanos, seres arraigados por naturaleza en el “humus”.

Ahora bien, la Amazonía nos presenta una paradoja porque “en gran parte, su suelo es pobre en humus, por lo cual la selva ‘crece realmente sobre el suelo y no del suelo’”. Cuando se elimina la selva, esta no es reemplazada, porque queda un terreno con pocos nutrientes y se convierte en territorio desértico o pobre en vegetación” (n.48). Dada la supuesta intimidación entre suelo y vida, parece paradójico que el lugar más vibrante, abundante y sorprendente del planeta sea un verdadero pobretón en términos de humus. ¿Cómo se explica una riqueza desbordante de cultura humana donde escasea tanto la materia prima de la humanidad?

Difícilmente aplicamos la frase “sobre el suelo y no del suelo” a los grupos indígenas de la Amazonía, porque ellos mismos afirman que todo su ser se arraiga en su territorio natal¹. La tierra, regada

¹ “Cada pueblo que logró sobrevivir en la Amazonía tiene su identidad cultural y una riqueza única en un universo pluricultural, debido a la estrecha relación que establecen los habitantes con su

por los ríos, les brinda su identidad, su fe, y sus aspiraciones². Suelo es sueño, casi en un sentido bíblico como algo que intercede, orienta y comunica lo divino al individuo y a la comunidad. Más que la gran mayoría de la humanidad ya urbanizada y alienada de la tierra, los indígenas amazónicos se sienten compuestos del suelo de su región. Muchas veces experimentan la injusta migración de sus territorios ancestrales forzada por la violencia, tanto armada como económica, como una suerte de genocidio.

Curiosamente, al contrario de lo que evidencia la Biblia, la falta de humus bajo la selva hace que los pueblos de la Amazonía sean más humanos. De hecho, dicha

entorno, en una simbiosis no determinista difícil de entender con esquemas mentales externos” (*Querida Amazonia*, n.31).

² La vida en la Amazonía, entretejida por el agua, el territorio, y las identidades y espiritualidades de sus pueblos, invita al diálogo y al aprendizaje de su diversidad biológica y cultural. La Iglesia participa y genera procesos de aprendizaje que abren caminos de una formación permanente sobre el sentido de la vida integrada a su territorio y enriquecida por sabidurías y experiencias ancestrales. Tales procesos invitan a responder con honradez y estilo profético al clamor por la vida de los pueblos y de la tierra amazónica (“*Instrumentum laboris: Amazonía: nuevos caminos para la Iglesia y para la ecología integral*”. n.43).

falta de humus les podría obligar a vivir más espiritualmente que la mayoría que no deja de comer afanosa y ansiosamente el suelo.

Una lección central y repetida de la Biblia es la prohibición contra el atesorar. Durante su larga estancia en el desierto, los israelitas sobrevivieron gracias al maná, un manjar gratuito y abundante. Aparte del día antes del sábado, Dios les prohíbe coger más de lo que necesitan cotidianamente. Cualquier intento de acumular lo que sobra resultaría una pérdida. Sin excepción, el maná que se guarda para el otro día, para el futuro, se daña. Es como si el maná mismo fuera un signo comestible de la alianza que Dios hizo con los israelitas: si ustedes confían por completo y sin dudar en mi cuidado bondadoso, no les faltará nada esencial. Pero si pretenden arreglar el futuro por su propia cuenta, confiando en su propio poder para escapar de la incomodidad de sentirse dependientes, van a fallar, y en consecuencia, les va a faltar.

“Por eso, no se preocupen del mañana, que el mañana se ocupará de sí. A cada día le basta su problema” (Mt 6,34). Irónicamente, Jesús anota a modo de prólogo a

este mandamiento la observación de que los paganos andan preocupados en la continua búsqueda de comida y ropa, olvidándose de las cosas del Reino de amor y justicia. Obviamente no tenía en mente a los pueblos amazónicos, porque su estilo de vida se asemeja mucho más a ellos, al mencionar las aves del cielo y los lirios silvestres, que a la gente urbanizada, por más cristiana que sea. Vivir sin grandes capitales, sin la seguridad, muchas veces falsa, de cosas atesoradas, sin la centralidad del “derecho a la propiedad privada”, que puede volverse muy rápido en el “deber” absurdo de defenderla a costa de la vida, da testimonio a una confianza en el generoso cariño del Creador. En pocas palabras, manifiesta una gran fe.

Así viven los pueblos amazónicos. Directamente opuesto al modo de operar del mundo globalizado y capitalista, en general, no cosechan en exceso, ni fabrican, no construyen o guardan excesivamente. No son apegados culturalmente a lo que sobra. Su buen vivir incluye límites fijos que actúan como frenos al ímpetu dudoso que siempre nos lleva a la acumulación ansiosa. Mientras las poblaciones desarrolladas se han

vuelto las dueñas parabólicas del mundo; son quienes, después de asombrarse por la grandeza de su cosecha, deciden construir graneros gigantescos para guardar celosamente su trigo desbordante, mientras los pueblos originarios no suelen seguir esta lógica a la vez esclavizada al futuro, y, paradójicamente, de muy corto plazo. Como el dueño lucano, ellos descansas, comen, beben y disfrutan la vida, pero sin la seguridad soberbia de tener “acumulados muchos bienes para muchos años” (Lc 12, 19). Por eso el reclamo repentino de Dios no les toca: “¡Necio, esta noche te reclamarán la vida! Lo que has preparado, ¿Para quién será?”. Porque la riqueza de sus culturas no consiste principalmente en lo material, no se les puede quitar tan fácilmente. Si el destino del dueño egoísta está en acecho por cualquiera “que acumula tesoros para sí y no es rico a los ojos de Dios” (Lc 12, 21), la gente globalizada debe poner atención. Ser cristiano no basta ser rico frente a los ojos divinos. Más bien, ser pobre, sencillo, desprendido, dependiente y fiel a esta dependencia le hace al humano rico ante Dios.

En este sentido, los pueblos amazónicos pueden ser los más ricos divinamente en la Tierra hoy día. Además, son así porque su tierra también es así pobre. Han aprendido su espiritualidad del desprendimiento sano del suelo que les soporta. Es un suelo que no se acumula, que lo re-invierte todo en la vida actual, no del futuro. En las selvas lluviosas, la riqueza se gana gastándose, es decir, solo dentro del ciclo de crecer y morir prospera la vida amazónica. En cambio, otros lugares, como donde se escriben estas palabras en Canadá, las épocas glaciales de la prehistoria depositaron etapas muy gruesas del suelo fértil. Gracias a este tesoro amontonado hace muchos milenios, se puede arrasar la vegetación nativa y sembrar otra con resultados rentables. El tesoro del suelo perdona explotación y hasta abuso. Por un tiempo. Pero estamos llegando al punto de no retorno, mejor dicho al precipicio, donde la pérdida del suelo, junto con el envenenamiento por químicos de la industria agrícola, va a ponernos en los zapatos grandes del dueño arrogante. Quienes tienen ojos para ver y oídos para

escuchar ya perciben la voz amenazadora que proclama: ¡Necio, esta noche te reclamarán la vida!

Lamentablemente, la agroindustria come suelo. Su éxito está basado en las reservas de la capa superficial del suelo, calculada como inagotable. Pero cada año 24 billones de suelo fértil se pierde debido a las técnicas agresivas de quemar y arar terrenos a gran escala. Cuando el mundo industrializado se dio cuenta de que su banco de fertilidad iba por el piso, no se preguntó si su negocio, tan aferrado a lo acumulado, debía cambiar su modo de sacar ganancias. Simplemente al vaciar una reserva, buscó la siguiente, yendo del suelo vivo al suelo muerto, o sea, al petróleo. Empezó a acumular un montón de fertilizantes y pesticidas químicos y de esta manera logró aplazar por unas décadas la conversión dura al mandamiento de Dios de no amontonar.

Mientras tanto, los pueblos amazónicos, como la misma selva³, se han mantenido sin confiar³ En la gente de la Amazonía encontramos enseñanzas para la vida. Los pueblos originarios y los que llegaron posteriormente y forjaron su identidad en la convivencia, aportan valores culturales en los que descubrimos las semillas del Verbo. En la selva no solo la vegetación está entrelazada sosteniendo una es-

pecie a la otra, también los pueblos se interrelacionan entre sí en una red de alianzas que a todos aporta ganancia. La selva vive de las interrelaciones e interdependencias y esto ocurre en todos los ámbitos de la vida. Gracias a ello, el frágil equilibrio de la Amazonía, se mantuvo por siglos" ("Documento final del sínodo de la Amazonía: *Amazonía: nuevos caminos para la Iglesia y para una ecología integral*". n.43).

pecie a la otra, también los pueblos se interrelacionan entre sí en una red de alianzas que a todos aporta ganancia. La selva vive de las interrelaciones e interdependencias y esto ocurre en todos los ámbitos de la vida. Gracias a ello, el frágil equilibrio de la Amazonía, se mantuvo por siglos" ("Documento final del sínodo de la Amazonía: *Amazonía: nuevos caminos para la Iglesia y para una ecología integral*". n.43).

de aprender el arte espiritual del desprendimiento de los indígenas.

Sucede que el cristianismo emergió del judaísmo, y el judaísmo nació en el mundo entonces recientemente transformado por la revolución agrícola. Sin duda dicha revolución fue una maravilla, que permitió el establecimiento de poblaciones antes migratorias, la fundación de ciudades y toda la tecnología y ciencia resultantes, incluyendo la alfabetización. Nada de eso fuera posible sin el exceso de comida ganada en los campos arados que se podía guardar para más tarde. La agricultura abrió un montón de posibilidades culturales. Pero nos equivocamos peligrosamente cuando presumimos que la agricultura equivale a la cultura y que no habría esta sin aquella. La agricultura muchas veces agota el suelo, (también el agua), pero nunca agota las posibilidades de existir humanamente en comunidades de significación.

En adición a ser maravillosa, la revolución agrícola, que sigue desarrollándose hasta hoy, ha sido catastrófica en cuanto al bienestar del planeta entero. Dado su origen en el poder de la comida, ciencia, poblaciones y tecnología acumuladas, la agricultura mo-

derna siempre va a depender de estos tesoros. Tampoco se puede exigir otra cosa, porque su esencia se encuentra en el exceso. Por eso es tan urgente que todos reconozcan la misión contemporánea de los indígenas amazónicos, cuyas culturas no se basan en la acumulación. Hoy se presentan como el resto de otras posibles existencias.

El resto es un concepto bíblico que se refiere a los hebreos dispersados y privados por fuerzas exteriores celosas por sus tierras. Eran víctimas de la agresión vecinal que no los entendía. En los libros tempranos, los muchos sufrimientos del exilio resultaban castigos divinos por su desobediencia. Pero una noción mesiánica se ve creciendo a lo largo de los libros proféticos. Según Isaías, Jeremías, Ezequiel y Miqueas, los israelitas que sobreviven a la destrucción de Jerusalén cargan la esperanza de restablecer la Ciudad Santa. Este resto, gracias a su fidelidad a Dios, será instrumento de restauración y reconciliación. Dios lo empleará para crear de nuevo su pueblo elegido ya que llevan dentro de sí la memoria y práctica de la alianza antigua. *El resto*, en efecto, es la semilla de un futuro que no niega lo que ha

pasado, sino que lo pone en relación con Dios, cuya presencia no deja de renovarse de modos insólitos.

Los pueblos indígenas, particularmente los amazónicos, son este resto esperanzador⁴. Su fidelidad a la generosidad del Creador, exhibida en su confianza cultural que generalmente no acumula cosas, puede enseñarle a la Iglesia la misma humildad, desapego y sencillez que Jesús vivía y predicaba. Me parece que la salvación de nuestras almas y no menos la de nuestra Tierra está vinculada a semejante enseñanza. Aquellos que no son indígenas no podrían hacerlo. Asimismo, a los indígenas, no les toca hacerse granjeros o estirpe de granjeros. Si se desvanece este resto, si desaparece su modo de ser no encadenado al

⁴ Como toda realidad cultural, las culturas de la Amazonía profunda tienen sus límites. Las culturas urbanas de occidente también los tienen. Factores como el consumismo, el individualismo, la discriminación, la desigualdad, y tantos otros, componen aspectos frágiles de las culturas supuestamente más evolucionadas. Las etnias que desarrollaron un tesoro cultural estando enlazadas con la naturaleza, con fuerte sentido comunitario, advierten con facilidad nuestras sombras, que nosotros no reconocemos en medio del pretendido progreso. Por consiguiente, recoger su experiencia de la vida nos hará bien. (*Querida Amazonia*, n. 36).

atesorar, se pierde una riqueza redentora. La conversión ecológica, tan necesaria actualmente, brota del suelo frágil de la vida confiada y fiel del resto.

Inspirado por la inclusión de mucha poesía en *Querida Amazonia*, me atrevo a concluir estos pensamientos poéticamente:

Este resto se distingue
de la sobra,
se desprende
de la sobra,
se independiza
de la sobra:
es un resto opuesto
a la sobra.

En un mundo de exceso
en donde todo se amontona
como torres de habladuría
cuyas palabras ansiosas
no saben parar,
dicho resto,
no sobra
para nada sobra
por supuesto, como opuesto,
no sobra
por desgracia, acallado por la sobra,
no sobra
por favor, querido resto,
sobrevive
abundantemente,
porque los demás, los desterrados,
como torres de altoparlantes,
somos unos ruidos auto-construyéndose,
que no sabemos parar.